

Olga Poblete

Historia Antigua del Extremo Oriente: India, China, Japon y Asia Central

Resumen de la segunda lección del curso sobre Historia Antigua del Extremo Oriente, dictado en 1932

CHINA

Se ha generalizado el error de aplicar el término «chino» o «de raza china», a pueblos que no presentan afinidad étnica ninguna con los chinos propiamente tales (pueblos de Mongolia meridional, Dzungaria, Tibet, etc.). La población china actual, aparece notablemente mezclada, lo que crea la imposibilidad de establecer a qué raza han pertenecido los chinos más antiguos.

Sabemos que la vida civilizada, apareció primero en China Central, pero nada podemos precisar acerca del tipo étnico de estas primeras poblaciones. Se ha tratado de ubicar la zona que habría servido de cuna a la civilización china, sitio de los primeros establecimientos sedentarios, y se ha indicado como tal, la llanura oriental, regada por el curso inferior del Hoang-ho. Este país del Hoang-ho

y del Wei es el que los chinos designaban con el nombre de «País del Medio», T'chong-koup, y que, al servir de centro a las poblaciones sedentarias, artífices de las primeras culturas chinas, emergía, dice Maspero (1), como un islote civilizado en medio de un mar de bárbaros.

Hasta aquí, tenemos los dos elementos fundamentales que penetran a través de toda la historia china: un elemento geográfico, el país, y un elemento étnico, las poblaciones bárbaras circundantes. Hay un imperativo geográfico ineludible en la base del feudalismo chino: suelo accidentado en el que cordones montañosos cortan la línea uniforme de las planicies aluviales y dividen el terreno en distritos en los que prospera la vida local, aislada, autónoma. De aquí nace la confederación china y la China feudal. Esta vida en localidad, así demarcada por la naturaleza misma, con ocasión de cualquier debilitamiento del poder central, vuelve a surgir en toda la heterogeneidad y espíritu batallador y celoso de los núcleos indígenas primitivos.

Por otra parte, más allá de las fronteras está el país misterioso de los bárbaros, desde donde en oleadas sucesivas, éstos descienden a disputar a los agricultores pacíficos, la posesión de la tierra productiva. China reacciona ante esta inquietud constante que le significa el mundo bárbaro, ya en forma defensiva,—centralización, organización imperial, construcción de la Gran Muralla—, o en abierta ofensiva,—conquistas más allá de las fronteras, éra del gran imperialismo chino en Asia.

Los chinos hacen remontar sus orígenes a las «Cien Familias», que se pierden en el tiempo, tras las leyendas. En todo caso, el primer hecho fundamental con que nos encontramos, es la existencia de poblaciones sedentarias, dedicadas a los trabajos de la agricultura, en las terrazas del loess o en los valles bajos, inmediatos a los ríos. Las mismas referencias a la época heroica, conservadas por la tradición, nos hablan de los sabios, fundadores de dinastías que dieron a conocer a los hombres, el curso regular, el sol, les enseñaron el método de sembrar, la desecación de los pantanos o el desbrozamiento de las montañas cubiertas de espesos bosques, trabajos todos que acusan los intereses primordiales de un pueblo esencialmente agrícola. Por este motivo, la teoría que hace venir los chinos más antiguos, de las regiones septentrionales o del noroeste, parece desvirtuarse, ya que esta primera civilización china, ofrece más afinidades con la vida de las poblaciones meridionales. De acuerdo con esta última hipótesis,

(1) H. Maspero: *Chine antiqué*. París, 1927.

los chinos primitivos no serían sino la avanzada hacia el norte, de poblaciones cuyas ramas occidentales estarían representadas por las tribus tibeto-birmanas del Tibet y Yunan (tibetanos, lolos, mossos, birmanos), y cuya rama meridional la formarían los Tai del sur de China y norte de Indochina. Esta teoría encuentra confirmación en razones lingüísticas fundamentales: la lengua china no ofrece ninguna relación con las lenguas del norte, en cambio parece estrechamente emparentada con un grupo importante de dialectos hablados por las tribus meridionales. Este grupo lingüístico sin-tai presenta desde los tiempos más antiguos las características sobresalientes de las lenguas actuales: palabras siempre monosilábicas, con un fonetismo pobre en consonantes, pero rico en diptongos.

Desde las mesetas del Asia Central, ha recibido China en el transcurso de su historia, el aporte constante de nuevos elementos de población y por su intermedio, las influencias más variadas se han ido incorporando a la obra de la cultura del país. Es así como encontramos influencias iraníes en China, introducidas a través de las hordas de invasores hunos (S. II y IV). Relacionado con estas influencias iraníes en China, está el problema del estilo decorativo animal de Rusia meridional (1), obra de escitas y sármatas, estilo que ofrece notables analogías con el que presenta China en la época Tchou y Han (S. XI. A. de C. al S. III. D. de C.).

Es un interesante caso este de influencias culturales, trasladadas hasta regiones extremas, por movimientos de pueblos. Sármatas y escitas se han sucedido en Rusia meridional desde el S. VII A. de C. hasta el S. III. D. de C., momento de la llegada de los godos. Eran pueblos iraníes semi-nómades, que han vivido largo tiempo en las regiones del Irán y de los dos Turquestanes, donde los han conocido los Hiung-nu (hunos), entre cuyas hordas han penetrado algunos sármatas en China, en las grandes invasiones que azotaron el Imperio a partir del S. III. A. de C. Estos iraníes han entrado en contacto con los chinos ya desde una época anterior, como parecen revelarlo los broncees en estilo animal, de la dinastía Tchou. En tiempos de la dinastía Han (S. III. A. de C. a S. III. D. de C.), se ve claramente esta influencia iraníe en China, que no sólo se traduce en el arte, sino trasciende a formas de la vida social y aparece especialmente en la organización militar. (Caballería China, armamento, yelmos, arcos, pomo de jade de las espadas, etc., que acusan rasgos iraníes). Los hunos por el S. I. D. de C., logran constituir en el norte de China, va-

(1) Rostovtzeff: *Iranians and Greeks in South Russia*. Oxford 1922.—*Animal Style in South Russia and China*. Oxford, 1929.

rios principados poderosos, pero más tarde, la llegada de las tribus mongólicas de los juan-juan y de los tibetanos, obliga a los hunos a abandonar el territorio y buscar refugio hacia el oeste, para continuar su empuje a través de las regiones del Aral y el Caspio y lanzarse luego sobre las planicies del Volga.

JAPON

Las islas japonesas, últimas tierras frente a las costas orientales del Asia, estaban destinadas a recibir desde la China, la zona cultural más próxima, los elementos de su vida civilizada. Desde este punto de vista, es en extremo interesante el papel que ha desempeñado China en esta parte del continente. Ella constituía en los primeros siglos antes de nuestra era, el único centro civilizado en posesión de un lenguaje escrito y de una Historia. Como Roma más tarde, China ha sido entonces la maestra de las poblaciones bárbaras fronterizas o próximas. De aquí la estrecha dependencia en que se encuentra con respecto a China, la zona japonesa, por lo menos para los primeros siglos. Conviene, sin embargo, anotar, que el problema de estas influencias culturales sobre las islas japonesas, es enteramente independiente del relativo a la constitución de su población: China entró tardíamente en contacto con el archipiélago; un sentimiento cargado de supersticiones, circunscribía el mundo chino entre el desierto y los bordes del mar. Toda región que sobrepasaba esos límites caía más allá del horizonte geográfico de los chinos antiguos. Hasta el S. IV. A. de C., situaban en el mar de Levante, las islas de los Bienaventurados,—indudablemente las islas japonesas—; pero el sentido mítico que irradiaba de esta suposición, retardó considerablemente el conocimiento efectivo del archipiélago Japonés. Las primeras relaciones entre China y Japón, empiezan desde el momento en que los Chinos penetran en Korea (S. III. A. de C.). El contacto se interrumpe entre los S. VII. y VIII. D. de C., para volver a reanudarse y hacerse regular, en tiempos de la dinastía Song (S. XI a XII), época en que sacerdotes japoneses van a China a estudiar los fundamentos del budismo. Entonces penetra en las islas la filosofía Confuceana y con ella, concepciones políticas y sociales, fundamentos de futuras organizaciones. Pero estos emprunts continentales van a encontrar en Japón, condiciones diferentes que, en el transcurso del tiempo, modelan estos elementos primitivos hasta vaciarlos en un conjunto de una fisonomía particularizada y perfectamente diferenciado de sus fuentes originales.

La población japonesa parece haberse formado por inmigraciones sucesivas, de diverso origen, a las que se han sumado los grupos de chinos que han penetrado a las islas, a partir del momento en que se tuvo conocimiento real de ellas. La opinión general, en la actualidad, ve en los ainos los pobladores más antiguos del archipiélago. Ellos son los yemishi de que hablan los más antiguos anales japoneses; la mayoría de los autores japoneses, concuerda también sobre este punto (1). Respecto a la procedencia de los ainos, se adelantan varias suposiciones: según algunos habrían venido del continente, del N. E., del país del Amur; otros asignan a estos inmigrantes, un origen meridional y no falta quienes han querido emparentar a los ainos, con las poblaciones proto-nórdicas, a las que pertenecen, por ejemplo, los escandinavos modernos. La hipótesis del origen meridional de estas poblaciones, es la más aceptable.

Sobre esta población de Yemishi, artesanos de los utillajes prehistóricos, han penetrado, procedentes también del sur, pueblos conquistadores que han rechazado a los ainos, cada vez más hacia el norte. Actualmente sólo encontramos ainos en el N. E. de Yeso, en Sakaline y las Kuriles meridionales. Viven especialmente de la caza y de la pesca y su idioma aglutinante no presenta afinidad con ninguna lengua conocida, lo que dificulta aun más el problema de la identificación de este pueblo.

Migraciones posteriores de Manchúes-koreanos y más tarde, de pueblos mongoles mezclados con elementos indonesios y polinesios, contribuyeron a integrar la población de las islas. Respecto a los elementos introducidos desde Korea, hay que recordar que los pueblos del extremo meridional de la península, no tienen ninguna relación con los chinos. La Korea del sur se ha poblado desde el mar,—es el mismo caso de Madagascar, con una población también polinesia—, con elementos malayos o indonesios que después se han repartido por las islas del Mediterráneo Japonés.

Los chinos que empezaron a pasar al archipiélago, desde el S. IV A. de C., introdujeron en los trabajos su técnica ya desarrollada, sus usos, etc. Son los chinos los que llevaron al Japón, el caballo, ya conocido en el S. III; la palabra que lo designa, es de pura etimología china.

Los invasores llegados por el sur, fueron avanzando a lo largo de las islas, a ambos lados del mar interior y, a expensas de los antiguos pobladores ainos, fundaron un poderoso estado central: Yamato. El resto del territorio continuó en manos de tribus que se con-

(1) S. Torri: *Koganei*.

servaron independientes, pero en un estado cultural evidentemente inferior. La autoridad de Yamato, llegó a ser por el S. I a III, la más poderosa; extendía su influencia hasta el mar interior y estaba sobre todo interesado en la soberanía en el N. O. de Kiu-Shiu, espléndida base de operaciones para intervenir en Korea.